

poner á los dos en buena inteligencia; pero este último se negó repetidas veces (1), persuadido de que jamás podría estar de acuerdo con el ministro. No obstante, consintió al fin, y fué presentado por Malouet: la incompatibilidad de los caracteres se reconoció mejor aún después de aquella entrevista, durante la cual, y según confiesan todos los que se hallaban presentes, Mirabeau dió pruebas de la superioridad que tenía en la vida privada lo mismo que en la tribuna. Circuló el rumor de que se quiso vender, y que no habiéndole hecho Necker ninguna proposición, dijo: *Ya recibirá el ministro noticias mías*. Esto es también una interpretación de los partidos; pero falsa. Malouet había propuesto á Mirabeau, que según era sabido, estaba satisfecho de la libertad adquirida, que se entendiese con el ministro; á esto se redujo todo. Por otra parte, en aquella época fué también cuando se entabló una negociación directa con la corte. Un príncipe extranjero, relacionado con los hombres de todos los partidos, hizo las primeras proposiciones; y un amigo, que servía de mediador, dió á entender que no debía esperarse que Mirabeau hiciese ningún sacrificio á sus principios; pero que ateniéndose á la constitución, se hallaría en él un seguro apoyo. Añadiase que en cuanto á las condiciones, dictábalas su misma situación; que en el interés mismo de los que deseaban ocuparle, se debía procurar que la situación de Mirabeau fuera digna é independiente, para lo cual era preciso pagar sus deudas; y por último, que convenía agregarle al nuevo orden social, y sin darle por el pronto el ministerio, permitirle esperar para lo sucesivo. Las negociaciones no terminaron del todo hasta dos ó tres meses después, ó sea en los primeros meses de 1790. Los historiadores, poco instruidos en estos detalles, y engañados por la perseverancia de Mirabeau en combatir el poder, han creído que el tratado se efectuó más tarde; pero la verdad es que estaba casi concluido á principios de 1790, como lo demostraremos en su lugar.

Barnave y los Lameth no podían rivalizar con Mirabeau sino por su mayor rigorismo patriótico: instruidos en las negociaciones que se efectuaban, acreditaron el rumor, ya propalado, de que se trataba de darle el ministerio, pensando que así le pondrían en el caso de no aceptarle; pero muy pronto se presentó por otra parte una oportunidad para impedirlo. Los ministros no tenían derecho de hablar en la Asamblea: Mirabeau no quería perder el derecho de usar de la palabra cuando se le llamase á formar parte del ministerio, porque á ella debía toda su influencia, y por otra parte experimentaba el más vivo deseo de llevar á Necker á la tribuna para aniquilarle. En su consecuencia propuso que los ministros tuviesen voz y voto; pero alarmado el partido popular, opúsose sin motivo plausible, pareciendo temer las seducciones ministeriales. Semejante recelo no era en modo alguno razonable, pues las comunicaciones públicas con las cámaras no suelen ser aquellas de que se valen los ministros para pervertir la representación nacional. La proposición de Mirabeau fué desechada, y Lanjuinais, llevando el rigorismo más allá, propuso que se prohibiera á los diputados actuales formar

(1) MM. Malouet y Bertrand de Molleville no han temido escribir lo contrario; pero el hecho que sentamos está reconocido por los testigos más dignos de crédito.

parte del ministerio. La discusión fué violenta: aunque se conociera el motivo de estas proposiciones, no estaba declarado; y Mirabeau, á quien no era posible el disimulo, exclamó al fin, que por un solo hombre no se debía adoptar una medida funesta al Estado; y que se adhería al decreto, á condición de que se prohibiese ejercer el cargo de ministro, no á todos los diputados actuales, sino á Mr. Mirabeau, diputado por Aix. Tanta franqueza y audacia no produjeron efecto alguno, y el decreto fué aprobado por unanimidad.

Ya vemos cómo se dividía el Estado entre los emigrados, la reina, el rey y los diversos jefes populares, tales como Lafayette, Mirabeau, Barnave y Lameth. No era ya posible en mucho tiempo ningún acontecimiento decisivo como el del 14 de julio ó del 5 de octubre: nuevas contrariedades debían irritar á la corte y al pueblo, produciendo un rompimiento ruidoso.

La Asamblea se había trasladado á París (2) después de recibir reiteradas seguridades, por parte de la municipalidad, de que se conservaría el orden, y la promesa de que el sufragio sería completamente libre. Mounier y Lally-Tolendal, indignados por los acontecimientos del 5 y 6 de octubre, habían presentado su dimisión, diciendo que no querían ser ni espectadores ni cómplices de los crímenes de los facciosos. Seguramente debieron sentir esta deserción del bien público, sobre todo al ver á Maury y Cazales, que se habían alejado de la Asamblea, volver muy pronto para sostener valerosamente hasta el fin la causa que habían abrazado. Mounier, que se hallaba en el Delfinado, reunió los Estados de la provincia; pero muy pronto los disolvió un decreto sin resistencia. Así, pues, Mounier y Lally, que en la época de la reunión de las clases y del juramento en el trinquete habían sido los héroes del pueblo, no valían ya nada á los ojos de éste. Los Parlamentos fueron dominados primero por la fuerza popular; Mounier, Lally y Necker sufrieron igual suerte después, y á otros muchos debía sucederles pronto lo mismo.

La escasez, causa exagerada aunque verdadera de las agitaciones, dió origen á un crimen más: el panadero Francisco murió asesinado por cuatro forajidos (20 de octubre); Lafayette consiguió apoderarse de los culpables y entrególos al Chatelet, tribunal revestido de una jurisdicción extraordinaria para todos los delitos referentes á la revolución. Allí se juzgaba á Besenval y á todos aquellos acusados de haber tomado parte en la conspiración aristocrática frustrada el 14 de julio. El Chatelet debía juzgar, pues, con arreglo á nuevas formas; y hasta que se instituyese un jurado, la Asamblea había dispuesto la publicidad, la defensa contradictoria, y todas las medidas conducentes á preservar la inocencia. Los asesinos de Francisco fueron condenados y se restableció la tranquilidad. Lafayette y Bailly propusieron entonces la ley marcial, combatida vivamente por Robespierre, que desde entonces se dió á conocer como ardiente partidario del pueblo y de los pobres; mas á pesar de todo fué aprobada por la mayoría (decreto del 21 de octubre). En virtud de esta ley, las municipalidades eran responsables de la tranquilidad

(2) Celebró su primera sesión en el palacio arzobispal en 19 de octubre.

pública, en caso de trastornos debían exigir el auxilio de las tropas ó las milicias; y á las tres intimaciones se haría uso de la fuerza contra los grupos sediciosos. En la municipalidad de París y en la Asamblea Nacional se estableció un comité de averiguaciones, para vigilar á los numerosos enemigos que fraguaban toda clase de manejos. No eran seguramente sobrados estos

su imperturbable facundia; hizo cundir la alarma entre los propietarios, amenazándolos con una próxima invasión, y pretendió que se sacrificaban las provincias á los agiotistas de la capital. Su sofisma era bastante singular para llamar la atención. Dijo que para pagar la deuda se disponía de los bienes del clero; que los acreedores de aquella eran los grandes capitalistas de París;



Cazales

medios para descubrir los proyectos de tantos adversarios conjurados contra la nueva revolución.

Proseguíanse con la mayor actividad los trabajos constitucionales. Habíase abolido el feudalismo; pero aún faltaba adoptar una última medida para aniquilar á esos grandes cuerpos que fueron reconocidos enemigos en el Estado contra el Estado. El clero poseía inmensas propiedades, recibidas de los príncipes á título de gratificaciones feudales, ó de los fieles como legado. Si debían ser respetadas las propiedades de los individuos, fruto y objeto del trabajo, las que se habían otorgado á las corporaciones para determinado fin podían ser aplicadas por la ley á otro destino. Habíanse dado para el servicio de la religión, ó cuando menos bajo este pretexto; y siendo la religión un servicio público, la ley podía regular el medio de proveer de una manera distinta. El abate Maury desplegó en esta cuestión

que los bienes que se les sacrificaba estaban en las provincias; y de aquí deducía el intrépido razonador que se inmolaba la provincia á la capital, como si la primera no ganase por el contrario con una nueva división de aquellas inmensas tierras, reservadas hasta entonces para el lujo de algunos eclesiásticos ociosos. Todos aquellos esfuerzos fueron inútiles: el obispo de Autún, autor de la proposición, y el diputado Thouret refutaron estos vanos sofismas; y cuando ya se iba á decretar que los bienes del clero pertenecían al Estado, aún insistían los opositores sobre la cuestión de propiedad. Se les contestó que aun cuando fuesen propietarios se podría hacer uso de sus bienes, toda vez que éstos se habían empleado en casos de urgencia para el servicio de la nación. No pudieron negar el hecho; y aprovechándose entonces Mirabeau de su confesión, propuso cambiar la palabra *pertenecen* por la de:

á disposición del Estado. Con esto terminó la discusión acto continuo por una gran mayoría (ley del 2 de noviembre).

Así aniquiló la Asamblea el temible poder del clero y el lujo de los grandes de esta clase, proporcionándose los inmensos recursos financieros que hicieron subsistir tanto la revolución. Al mismo tiempo aseguraba la existencia de los capellanes, decretando que sus sueldos no pudiesen bajar de mil doscientos francos y concediéndoles una casa con jardín. Declaraba además no reconocer los votos religiosos; y devolvía la libertad á todos los frailes, aunque dejando en libertad de continuar la vida monástica á los que así lo desearan; y como sus bienes quedaban suprimidos, suplió á ellos con pensiones. Llevando más lejos aún su previsión, estableció una diferencia entre las clases ricas y las mendicantes, regularizando el sueldo de unos y otros según su antiguo estado. Lo mismo hizo para las pensiones; y cuando el jansenista Camús, queriendo volver á la sencillez evangélica, propuso reducir todas aquéllas á un mismo tipo infinitamente módico, la Asamblea, siguiendo el parecer de Mirabeau, las redujo proporcionalmente á su valor actual y con arreglo al antiguo estado de los pensionados. No se podía llevar, pues, más lejos la consideración á las costumbres, y en esto consiste el verdadero respeto á la propiedad. Del mismo modo, cuando los protestantes expatriados después de la revocación del edicto de Nantes reclamaron sus bienes, la Asamblea no les devolvió sino aquellos que no estaban vendidos.

Prudente, y tratando con la mayor consideración á las personas, procedía atrevidamente con las cosas, demostrando aún mayor audacia en materia de constitución. Habíanse fijado las prerrogativas de los grandes poderes; tratábase de dividir el territorio del reino, que siempre lo había estado en provincias, agregadas sucesivamente á la antigua Francia. Estas provincias, diferenciando entre sí por las leyes, los privilegios y las costumbres, constituían el más heterogéneo conjunto. Sieyès tuvo la idea de aunarlas con una nueva división, que anulando las demarcaciones antiguas, sometía á todas las partes del reino á las mismas leyes é igual espíritu. Así se hizo por medio de la división en departamentos; éstos se subdividieron en distritos y luego en municipalidades, admitiéndose para todos estos grados el principio de la representación. La administración del departamento, la del distrito y la de los municipios quedaban confiadas á un consejo deliberante y á otro ejecutivo, igualmente electivos... Estas diversas autoridades, dependiendo unas de otras, tenían en su jurisdicción las mismas atribuciones. El departamento hacía la repartición del impuesto entre los distritos, el distrito entre las comunas, y la comuna entre los individuos.

La Asamblea estableció la condición de ciudadano con derechos políticos. Exigió en primer lugar la edad de veinticinco años y la contribución de un marco de plata; todo individuo que reuniera estas condiciones tendría el título de ciudadano activo, y los que carecieran de ellas se llamarían ciudadanos pasivos. Estas denominaciones, bastante sencillas, fueron ridiculizadas, porque es costumbre fijarse en ellas cuando se quiere despreciar una cosa; pero eran naturales y expresaban

bien su objeto. El ciudadano activo concurría á las elecciones para la formación de las administraciones y de la Asamblea; las elecciones de los diputados tenían dos grados; y no se exigía ninguna condición para ser elegible, pues como ya se había dicho á la Asamblea, el individuo es elector por su existencia en la sociedad, y debe ser elegible por la sola confianza de los electores.

Estos trabajos, aunque interrumpidos por mil discusiones propias de las circunstancias, se proseguían con la mayor actividad. La derecha contribuía sólo con su obstinación á paralizarlos cuando se trataba de disputar alguna parte de influencia á la nación; los diputados populares, por el contrario, aunque formando diversos partidos, se confundían ó separaban sin choque, según su opinión personal; era fácil de ver que entre ellos se anteponía la convicción á las alianzas. Veíase á Thoret, Mirabeau, Dupont, Sieyès, Camús y Chapelier reunirse ó separarse sucesivamente, según su parecer, en cada debate. En cuanto á los representantes de la nobleza y el clero, dejábanse ver sólo en las discusiones de partido. Si los Parlamentos votaban algún acuerdo contra la Asamblea, ó la ofendían los diputados ó escritores públicos, presentábanse dispuestos á prestarles su apoyo. Sostenían á los jefes militares contra el pueblo; á los negreros contra los negros; mostrábanse opuestos á la admisión de los hebreos y protestantes al goce de los derechos comunes, y por último, cuando Génova se alzó contra Francia, á causa de la independencia de Córcega y de la reunión de esta isla al reino, declaráronse en favor de Génova contra su patria. En una palabra, extraños é indiferentes á todas las discusiones útiles, sin escuchar nada, y discutiendo sólo entre sí, no se agitaban sino cuando se trataba de combatir derechos ó libertades.

Hemos dicho que ya no era posible intentar una gran conspiración junto al rey, puesto que la aristocracia había emprendido la fuga, y que la corte estaba rodeada por la Asamblea, el pueblo y la milicia nacional. Todo lo que los descontentos podían intentar se reducía, pues, á movimientos parciales. Fomentaban las malas disposiciones de los oficiales, que preferían el antiguo orden de cosas; pero como los soldados podían ganarlo todo, inclinábanse por el nuevo. Ocurrieron sangrientos conflictos entre el ejército y el populacho; los soldados entregaban con frecuencia sus jefes á la multitud, que los asesinaba; otras veces se desechaban los recelos, y restablecíase la tranquilidad, cuando los jefes militares de las ciudades habían sabido conducirse con un poco de acierto, después de prestar juramento de fidelidad á la nueva Constitución. El clero había inundado la Bretaña de protestas contra la enajenación de sus bienes; y tratábase de excitar un resto de fanatismo religioso en las provincias, donde reinaba todavía la antigua superstición. Hízose también uso de los Parlamentos, y se intentó una última prueba con su autoridad. La Asamblea había prorrogado sus vacaciones, porque esperaba disolverlos para evitar con ellos toda discusión.

Las comisiones de vacaciones administraban justicia en su ausencia, y en Rouén, en Nantes y en Rennes tomaron varios acuerdos, deplorando la ruina de la antigua monarquía, la violación de sus leyes, y sin nombrar á la Asamblea, la designaban indirectamente como la causante de todos los males. Llamóse á dichas comi-

siones á la barra, y se les censuró con miramiento; pero á la de Rennes, como más culpable, se la declaró incapaz para seguir llenando sus funciones. La de Metz había insinuado que el rey no gozaba de su libertad, política que era, como ya hemos dicho, la de los descontentos, que no pudiendo servirse del rey, procuraban presentarle como víctima de la más cruel opresión y pretendían anular de este modo todas las leyes que al parecer autorizaba el monarca. El mismo Luis XVI parecía secundar esta política, pues no quiso llamar á los guardias de corps despedidos en los días 5 y 6 de octubre, y se hacía guardar por la milicia nacional, sabiendo que con ella estaba más seguro. Su intención consistía en hacerse pasar por prisionero; pero la municipalidad de París hizo infructuoso este ardid, rogando al rey que volviera á llamar á sus guardias, á lo cual se negó alegando fútiles pretextos y por mediación de la reina.

Empezaba el año 1790 y con él una agitación general. Desde los días 5 y 6 de octubre habían transcurrido tres meses tranquilos, pero advertíase que volvía á reinar cierta inquietud en los ánimos. A las grandes agitaciones sigue un período de reposo, y á estos reposos pequeñas crisis, que pasan á crisis mayores. Acusábase de esta zozobra al clero, á la nobleza, á la corte y hasta á la misma Inglaterra, que encargó á su embajador la justificación. Las compañías asalariadas de la guardia nacional tampoco se libraron de esta inquietud general, y reuniéndose unos cuantos soldados en los Campos Elíseos, pidieron que se les aumentase la paga; pero Lafayette, que estaba en todas partes, acudió allí, los dispersó, los castigó, y restableció la calma en su tropa siempre fiel, á pesar de estas ligeras interrupciones de disciplina.

Hablábase sobre todo de un complot tramado contra la Asamblea y la municipalidad, cuyo supuesto jefe era el marqués de Favras, á quien fueron á buscar con gran aparato de fuerza, encerrándolo en el Chatelet. Circuló asimismo la especie de que se trataba de asesinar á Bailly y á Lafayette; que en Versalles estaban preparados mil doscientos caballos para llevarse al rey, el cual, puesto á la cabeza de un ejército de suizos y piamonteses, debía atacar á París.

Cundió la alarma, añadiéndose que Favras era agente secreto de los personajes más elevados; recayendo con este motivo las sospechas en Monsieur, hermano del rey, pues Favras había pertenecido á su guardia y negociado además un empréstito por su cuenta. El infante, asustado al ver la agitación de los ánimos, se presentó en la casa Ayuntamiento, protestó contra las imputaciones que se le dirigían, explicó sus relaciones con Favras, recordó sus inclinaciones populares, manifestadas ya en la Asamblea de los Notables, y pidió que le juzgaran, no por lo que de él se decía, sino para apreciar más aún su notorio y nunca desmentido patriotismo. Terminó su discurso en medio de una salva de aplausos, y el pueblo entusiasmado le escoltó hasta su morada.

Continuóse el proceso de Favras. Este marqués había recorrido la Europa, estaba casado con una princesa extranjera y formaba proyectos para rehacer su fortuna, tratando de ponerlos por obra el 14 de julio, el 5 y 6 de octubre y en los últimos meses de 1790. Los testigos que le acusaban precisaban su último plan, del

cual formaba parte el asesinato de Bailly y de Lafayette y el rapto del rey; pero no existía la menor prueba acerca de los mil doscientos caballos preparados ni de la movilización del ejército suizo ó piamontés. No favorecían mucho las circunstancias á Favras, pues la opinión pública había llevado á mal que se hiciera salir del Chatelet, poniéndolos en libertad, á Besenval y demás complicados en los acontecimientos del 14 de julio; sin embargo, Lafayette tranquilizó á los jueces, les encargó que fuesen justos, y les prometió que, cualquiera que fuese su sentencia, tendría cabal cumplimiento.

Este proceso despertó de nuevo las sospechas contra la corte, pues tales proyectos la presentaban como incorregible, y atreviéndose á conspirar hasta dentro de París: en su consecuencia, aconsejaron al rey que tomase alguna determinación bastante ostensible para satisfacer la opinión pública.

El 4 de febrero de 1790 notó la Asamblea con bastante extrañeza que se habían introducido algunas modificaciones en el salón de sesiones: en la escalera que iba á parar á la mesa presidencial se había puesto una alfombra flordelisada; el sillón de los secretarios estaba más abajo y el presidente en pie junto al sitio donde solía sentarse. De pronto exclamaron los ujieres: «¡El rey!», y Luis XVI penetró en el salón. La Asamblea entera se levantó al verle, y le recibió con un aplauso general. Una multitud de espectadores acudió como por ensalmo, llenando las tribunas, invadiendo el salón y esperando oír con febril impaciencia lo que iba á decir el rey. Luis XVI habló en pie mientras la Asamblea estaba sentada; en primer lugar enumeró las turbulencias de que Francia había sido víctima, los esfuerzos que hizo para calmarlas y reprimirlas, y para asegurar la subsistencia del pueblo; recapituló los trabajos de los representantes, declarando que había intentado hacer lo mismo en las Asambleas Provinciales, y recordó que poco tiempo antes había expresado los deseos que acababan de realizarse. Añadió después que se consideraba en el deber de unirse más íntimamente á los representantes de la nación, en un momento en que se sometían á su aprobación los decretos destinados á establecer en su reino una organización enteramente nueva. «Favoreceré, dijo, con todo mi poder el feliz éxito de esta gran organización; cualquiera tentativa que en contrario se hiciera se considerará criminal y se perseguirá por todos los medios posibles.»

Un aplauso atronador acogió estas palabras.

El rey prosiguió su discurso, y recordando sus propios sacrificios, excitó á cuantos hubiesen perdido algo á imitar su propia resignación y á considerar los bienes que Francia reportaría de la nueva Constitución como la mejor recompensa de sus pérdidas. Pero cuando después de prometer que defendería aquella Constitución, añadió que aún haría más, y que de concierto con la reina iría disponiendo desde luego el ánimo y el corazón de su hijo á acatar el nuevo orden de cosas y le acostumbraría á cifrar su dicha en la felicidad de los franceses, entonces resonaron por todas partes exclamaciones de cariñoso afecto, todas las manos se extendieron hacia el monarca, todos los ojos buscaron á la madre y al hijo, y todas las voces reclamaron su presencia, siendo tan generales como espontáneos aquellos arrebatos de adhesión.

El rey puso fin á su discurso recomendando la concordia y la paz á *aquel buen pueblo que le ama, según le aseguran cuando quieren consolarle en sus quebrantos*. Estas últimas palabras producen una nueva explosión de entusiasmo y de gratitud por parte de los circunstantes. El presidente por toda respuesta asegura al monarca que los desordenados sentimientos que embargan su ánimo, así como el de todos, le impiden contestar como debiera.

El rey vuelve á las Tullerías rodeado de una inmensa muchedumbre, y la Asamblea acuerda un voto de gracias para él y para la reina.

Entonces se presentó una nueva cuestión: Luis XVI acababa de comprometerse á mantener la observancia de la Constitución; y por consiguiente, los diputados estaban en el caso de contraer á su vez este compromiso. Propúsose, pues, el juramento cívico, y cada diputado lo presta de ser fiel á la nación, á la ley y al rey, y de conservar con todo su poder la Constitución decretada por la Asamblea Nacional y aceptada por el rey. Los suplentes, los diputados del comercio quieren jurar también; las tribunas y los anfiteatros los imitan, y por todas partes no se oyen más que estas palabras: *¡Lo juro!*

Este juramento se prestó luego en la casa Ayuntamiento y después en toda la Francia. Hicieronse públicos festejos, siendo la alegría tan unánime como sincera. Era llegado indudablemente el caso de comenzar una nueva vida política y no dar lugar á que esta reconciliación fuese tan inútil como todas las anteriores; pero aquella misma noche, mientras que París estaba profusamente iluminado en celebridad de tan fausto acontecimiento, la corte había vuelto á su despego ordinario, y los diputados populares recibían en ella una acogida muy diferente de la que se hizo á los diputados nobles. En vano fué que Lafayette, cuyos consejos llenos de celo y buen sentido no se querían seguir, dijera una y otra vez á la corte que el rey no podía ya vacilar y que debía adherirse íntimamente al partido popular para captarse su confianza; que para esto no era bastante haber proclamado sus intenciones ante la Asamblea, sino que se hacía preciso además manifestarlas hasta en sus menores acciones; que debía darse por ofendido del más insignificante equívoco expresado en su presencia, y rechazar cualquiera duda referente á su regia voluntad; que no debía demostrar contrariedad ni disgusto, ni permitir que los aristócratas abrigaran secretas esperanzas, y por último, que los ministros debían estar unidos, sin propasarse á manifestar ninguna rivalidad con la Asamblea ni obligar al monarca á recurrir de continuo á la opinión pública; en vano fué, decimos, que Lafayette insistiera en estos consejos con respetuosas instancias, pues el rey recibía sus cartas, limitándose á decir que era un hombre de bien; y la reina le rechazaba con displicencia y aun parecía que le irritaba el respeto del general, acogiendo mucho mejor á Mirabeau, más influyente, pero de seguro mucho menos irreprochable que Lafayette.

Mirabeau había continuado en comunicación con la corte, y hasta sostenía relaciones con el infante, cuyas opiniones le hacían más accesible al partido popular, y le había manifestado lo que no cesaba de decir á la reina y á Mr. de Montmorin, esto es, que la monarquía

no podía salvarse sino por la libertad. Mirabeau llegó por fin á hacer ciertos convenios con la corte por mediación de una tercera persona: enunció sus principios en una profesión de fe, y se comprometió á no separarse de ellos y á sostener á la corte mientras ésta observara la misma conducta: en cambio se le daba una subvención bastante considerable. La moral condena sin duda semejantes tratados y exige que el deber se cumpla por deber únicamente; pero ¿era aquello venderse? Un hombre débil se habría vendido seguramente sacrificando sus principios; mas el poderoso Mirabeau, lejos de sacrificar los suyos, atraía á ellos al poder, y en cambio recibía los socorros que sus grandes necesidades y sus desordenadas pasiones le exigían imperiosamente. Mirabeau, diferenciándose de los que venden á subido precio su insignificante talento ó su vil conciencia, era inquebrantable en sus principios, y combatía alternativamente á su partido ó á la corte, como si no debiese al primero su popularidad y á la segunda sus medios de subsistencia, llegando esto hasta tal punto, que no pudiendo los historiadores creerle aliado de la corte á la cual combatía, afirman que hizo su tratado con ella en 1791, cuando en realidad data de los primeros meses de 1790. Mirabeau vió á la reina, la dejó prendada de su superioridad y mereció una acogida que le halagó sobremanera. Aquel hombre extraordinario era sensible á todos los placeres, tanto á los de la vanidad como á los de las pasiones: era menester aceptarle con su fuerza y sus debilidades, y utilizarle en provecho de la causa común.

Además de Lafayette y de Mirabeau, la corte contaba con Bouillé, á quien ya es tiempo de dar á conocer.

Bouillé, lleno de valor, de rectitud y de talento, tenía gustos puramente aristocráticos, distinguiéndose de la nobleza por su mayor perspicacia y por estar más acostumbrado á los negocios. Retirado en Metz, donde mandaba en una gran extensión de la frontera y una parte considerable del ejército, cuidaba de mantener viva la desconfianza entre sus tropas y los guardias nacionales, con objeto de conservar sus soldados para la corte (1). Colocado allí en expectativa, tenía en jaque al partido popular, y parecía el general de la monarquía como Lafayette el de la Constitución. Sin embargo, la aristocracia le disgustaba, la debilidad del rey le hacía poco llevadero el servicio, y hubiera pedido su retiro si Luis XVI no le hubiese exigido que continuara en su puesto. Bouillé era un hombre honrado y esclavo de su palabra; y habiendo prestado su juramento, no pensó más que en servir al rey y á la Constitución.

La corte debió, pues, reunir á Lafayette, Mirabeau y Bouillé; con ellos hubiera podido disponer de los guardias nacionales, de la Asamblea y del ejército, es decir, las tres potencias de aquella época. Verdad es que ciertas causas tenían divididos á los tres personajes. Lafayette, lleno de buena voluntad, estaba pronto á unirse con cuantos quisieran servir al rey y á la Constitución; pero Mirabeau tenía celos de la preponderancia de Lafayette; tenía su encomiada pureza, y la consideraba como un reproche. Á Bouillé le inspiraba odio la convicción exaltada de Lafayette, y tal vez veía en

(1) Así lo dice él mismo en sus Memorias.



MARÍA ANTONIETA  
(cuadro de madama Vigée-Lebrun)